

La posición de los ángeles en la Historia de la Salvación

1. La Revelación sobrenatural no nos habla de la existencia y vida de los ángeles para completar nuestros conocimientos y nuestra concepción del mundo, sino en atención a nuestra salvación. En los ángeles aparece con toda claridad hasta qué punto quedará transformada nuestra actual forma existencial. Esta transformación será tan radical, que nuestro yo se derramará en amor a Dios. Otra cosa sabe, además, el hombre: como parte que es de la Creación, está en conexión y relación íntima con los ángeles, del mismo modo que cada una de las criaturas está en relación con cualquier otra, y, por tanto, con todas las demás. Esto quiere decir que los ángeles pueden ejercer sobre el hombre una influencia regeneradora y santificante. Por eso no solamente se relacionan con Dios, tienen relación también con nosotros.

2. Los ángeles trabajan en la *construcción del Reino de Dios*, en la obra de erección, consolidación, fomento y perfeccionamiento del reino de Dios. San Miguel lucha victoriosamente contra el dragón y lo arroja a los infiernos (*Apoc.* 12, 7 y sigs.). Del mismo modo que hacen en el cielo la voluntad de Dios (*Mt.* 6, 10) y ensalzan incesantemente al Señor (§ 120), así también anuncian y realizan la gloria de Dios en la Creación, y de esta manera traen al hombre la Salvación. En la epístola a los Hebreos (1, 14) se dice que la misión de los ángeles consiste en servir a los herederos de la Salvación.

Pero en cuanto a esto, hay entre Cristo y los ángeles una diferencia fundamental. Mientras que Cristo es Hijo de Dios y crea y funda la Salvación (*Hebr.* 2, 10; 5, 9), los ángeles son sólo instrumentos ejecutores de la voluntad redentora divina. Dios los envía de un lado a otro para que sean instrumentos de la salvación del hombre (*Hebr.* 1, 14; véase *Ps* 91, 11). Ya de aquí se deduce que los ángeles están en relación con Cristo. Pero de ello, así como de su subordinación con respecto a él, hablaremos detalladamente en otro lugar. Los ángeles sólo pueden comunicar la redención de Jesucristo. Según *Col.* 1, 16, todo lo que hay en el cielo y en la tierra ha sido creado en Cristo, lo visible y lo invisible, Tronos, Potestades, Principados y Poderes (véase también 2, 10; véase el § 103). No se puede desprender el estudio de los ángeles de la relación de éstos con Cristo. Por eso participan en la misión de Cristo. En el AT su actividad redentora consiste en orientar al hombre hacia Cristo; en cuanto ejecutores de la voluntad de Dios, mantienen vivo el deseo de salvación y la conciencia de pecado. En el NT, su actividad es una actividad en favor de Cristo y en su servicio.

3. Concretamente, su actividad se puede describir de la siguiente manera:

a) En el AT, los ángeles son bondadosos, celosos y poderosos mensajeros de la voluntad redentora de Dios, y al mismo tiempo victoriosos combatientes que luchan contra los enemigos de Dios y de los hombres, unidos con Dios. Véanse los textos transcritos en el § 118. Ellos no pueden prestar al hombre servicios redentores por su cuenta. En silencio y obedientes ejecutan las palabras y prescripciones divinas (*Ps.* 103, 20). Todo su ser consiste en ser instrumentos de la voluntad divina (*Ps.* 89, 7-9; *Iob.* 4, 18; 15, 15). Se aparecen bajo formas visibles, ya bajo la figura de hombre

(*Gen.* 19, 1 y sigs.; *Tob.* 5, 4 y sigs.), ya adoptando formas extrañas totalmente distintas de la humana y superiores a ella o bajo la forma de seres luminosos, vestidos de blanco, resplandeciendo como el relámpago e irradiando la gloria de Dios; cfr. el § 118.

Sobre el modo de las apariciones de los ángeles, D. Feuling escribe lo siguiente (*Katholische Glaubenslehre*, 1937, 201 y siguientes): "Una de ellas (de las explicaciones) dice en resumen que los ángeles, en virtud de su sabiduría y fuerza de voluntad, empleando materias de este mundo, por ejemplo, el aire y sus moléculas, son capaces de formarse un campo de actividad y existencia, corporalmente real, sepsiblemente perceptible y simplemente objetivo, tal cual es necesario para presentarse realmente ante los sentidos, bajo determinada forma, probablemente humana. Entonces las apariciones existirían no sólo bajo el modo de colores y formas reales, sino también de tonos reales, y, probablemente, de otras cualidades, como las cualidades de la resistencia y de la dureza. Lo insatisfactorio que esta opinión presenta a primera vista se desvanece cuando reflexionamos detenidamente sobre el hecho de que también los hombres, de ordinario, aparecen solamente cubiertos de un revestimiento extraño y que les pertenece, y que aun nuestra visión mediante los ojos, por lo menos de ordinario, capta una realidad—tal como la piel exterior, los cabellos—que, hablando estrictamente, no pertenece al ser, a la existencia del hombre, pues no es más que una cubierta protectora del cuerpo, producida, es verdad, por éste, pero situada ya fuera del torrente vital. No obstante, no nos parece criticable el que se diga que el hombre aparece vestido o de cualquier otro modo. La otra explicación de las apariciones, muy verosímil y frecuentemente explicada, es primariamente espiritual: el ángel opera en el hombre conocimiento espiritual y también amor, como mensajero de Dios y de acuerdo con el plan redentor de Dios. La aparición es esencial y substancialmente intelectual. Pero el hombre se representa a sí mismo esta aparición puramente espiritual con el lenguaje de su fantasía; esta fantasía expresa de modo análogo la experiencia espiritual tenida; está en correspondencia con ella la elabora para todo el hombre."

b) Como quiera que los ángeles son mensajeros y garantes de la bondad y benevolencia divinas (*II Sam.* 14, 17; *I Sam.* 29, 9), podemos tener confianza en ellos. Los ángeles protegen la vida corporal y espiritual (*Gen.* 24, 7; *Tob.* 3, 17; *Iudith.* 13, 20 *Dan.* 3, 49, 6, 23; *Zach.* 3, 6). Interceden por los hombres ante Dios, y nosotros podemos pedirles que intercedan por nosotros (*Tob.* 12, 12; *Job.* 5, 1; 33, 23; *Prov.* 16, 14). Por encargo divino ejecutan los castigos contra los enemigos de Dios y de la salvación del hombre. Los ángeles del castigo y de la venganza desempeñan una misión terrible. Pero no son internamente malos como Satanás, no están interesados en dañar al hombre. No hacen más que ejecutar las órdenes de Dios y cumplir su voluntad (*Ps.* 35, 5;

Ex. 12, 23; *Ez.* 9; véase H. Kaupel, *Die Dämonen im Alten Testament*, 1923. 59-70).

c) Antes de la venida de Cristo, los ángeles eran mensajeros del prometido y anhelado Reino de Dios; después de la vida de Cristo son instrumentos de ese Reino, realizado en Cristo. También participan en el misterio de la Salvación, que con Cristo ha aparecido en este mundo (*Eph.* 3, 10). Pero los ángeles son solamente mensajeros e instrumentos. Cristo, el Redentor enviado por el Padre, es también mensajero y mediador del amor divino. Pero la singularidad de su misión se consigna en todas partes y se destaca su infinita superioridad con respecto a los ángeles. Según *Hebr.* 1, 4-14, los ángeles están sometidos a Cristo y dependen completamente de la voluntad y dominio de Dios, que determina su misión y el modo de cumplirla. Los ángeles adoran a Cristo.

Del mismo modo que Cristo es infinitamente superior a los ángeles, así también la Salvación que Cristo ha traído es superior a la anunciada por los ángeles en el AT. La Salvación anunciada por los ángeles tiene fuerza de Ley (*Gal.* 3, 19), pero en Cristo ha venido la plenitud de la Salvación y comporta, por eso, mayor obligatoriedad y responsabilidad. A los ángeles no se les ha prometido el dominio del mundo; éste le corresponde sólo a Cristo, aunque todavía no haya llegado la hora en que sea revelado el poderío. En una ocasión, en el momento en que había de sufrir la muerte, fué humillado y hecho menor que los ángeles. Pero esta humillación no es más que el camino de su elevación, elegido por Dios; y ahora vivimos en el estadio intermedio de la humillación y glorificación de Cristo, de una parte, y de la revelación de su dominio universal, por otra (*Hebr.* 2, 1-5).

El misterio de Cristo envuelve, pues, también a los ángeles. También los ángeles dependen de la Revelación de Cristo y no pueden añadir nada a ella ni quitar nada de ella. La intangibilidad del misterio de Cristo es tan grande, que el ángel que quisiera modificarlo incurriría en la maldición (*Gal.* 1, 8). La gloria de este misterio es tan grande, que también los ángeles desean contemplarlo (*I Pet.* 1, 12). Los que están al servicio de ese misterio son un "espectáculo" no sólo para los ángeles, sino también para los hombres (*I Cor.* 6, 3). La salvación depende de la unión con Cristo. Los que la adquieren, los santos, serán jueces también de los ángeles (*I Cor.* 6, 3); es decir, Dios les revelará lo que piensa sobre los ángeles y reconocerán que su juicio es justo. Donde falta el amor a

Cristo, de nada sirve ni aun el hablar con lenguas de ángeles (*I Cor.* 13, 1). Véase § 119. “Una vez sometidos a El los ángeles, las potestades y las virtudes, subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios” (*I Pet.* 3, 22).

Aunque los ángeles son inferiores a Cristo, viven en el mundo de donde viene Cristo. Bajan con el Logos del cielo y le sirven en la tierra. Rodean a Cristo en su calidad de representantes del mundo celestial (*Io.* 1, 51). Su participación en la encarnación, vida, pasión y muerte de Jesucristo revela que Cristo viene de arriba (*Io.* 8, 23) y pone de manifiesto, al mismo tiempo, la importancia trascendental de su obra, que abarca los cielos y la tierra. En particular, los ángeles son mensajeros, testigos, cooperadores de la encarnación, del nacimiento, de la resurrección, de la ascensión, del juicio. Pero aunque los ángeles acompañen a Cristo, no puede decirse que su vida está entretejida con apariciones de ángeles. A modo de obedientes servidores, los ángeles obran al margen de la actividad redentora de Cristo. Sólo de vez en cuando juegan un papel de secundaria importancia.

4. a) Lo mismo que los ángeles sirven y protegen a Cristo, así también *guardan y protegen su cuerpo, es decir, la Iglesia*. La asisten en las tribulaciones, la consuelan, transmiten encargos y prescripciones. Véanse en el § 118 pasajes correspondientes tomados de los Hechos de los Apóstoles. Los ángeles toman parte en el culto de la Iglesia. Según las oraciones de la liturgia, intervienen en las acciones litúrgicas, por ejemplo, en el bautismo, eucaristía, matrimonio, o, por lo menos, están presentes. El armenio Juan Mandukaniz escribe: “¿No sabes que en el momento en que el Santo Sacramento viene al altar se abren los cielos, desciende Cristo y que las milicias angélicas bajan a la tierra y rodean el altar donde está el Sacramento del Señor, quedando todos llenos del Espíritu Santo?” (BKV, II, 226).

b) La protección por parte de los ángeles de que goza la Iglesia entera se extiende a cada una de sus partes, a las *diócesis*, a las *parroquias* y a cada uno de los miembros. Más aún, hasta puede decirse que es una verdad revelada que *cada uno de los cristianos* tiene su ángel de la guarda, mediante el cual Dios le protege, guarda y guía, que lleva sus oraciones ante el trono de Dios, que le acompaña el día del juicio. (Los Santos Padres, no obstante, atribuyen a San Miguel la actividad nombrada en último lugar.) En los

Hechos 12, 15, congregados los discípulos para orar, cuando llaman a la puerta y la criada les anuncia que está fuera San Pedro, creen más bien que será su ángel, lo cual demuestra que estaban convencidos de que San Pedro tenía su ángel de la guarda, y de que éste podía adoptar la figura y la voz de su protegido.

Mt. 18, 1-10 da claro testimonio de la existencia de *ángeles de la guarda*. “En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesucristo, diciendo: ¿Quién es el más grande en el reino de los cielos? El, llamando a sí a un niño pequeño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, si no os volviereis e hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos; y el que por Mí recibiera a un niño como éste, a Mí me recibe; y al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en Mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno y le arrojaran en el fondo del mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque no puede menos de haber escándalos; pero ¡ay de aquél por quien viniere el escándalo!... Mirad que no despreciéis a uno de esos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre, que está en los cielos.” A los discípulos que le preguntan quién es el más grande en el cielo, Jesucristo les responde que no entrarán en el cielo si no se hacen como niños. Los niños son francos y confiados, pues todavía no conocen ni las dificultades de la vida ni la malicia y las intrigas de los hombres. Por eso son frente a los hombres seres indefensos, pero no carecen de toda protección. ¡Desgraciados los que se acercan a un niño con malas y destructoras intenciones! Tienen que habérselas, no con una criatura indefensa, sino con un ángel poderoso. El ángel que protege al niño contempla la faz del Dios todopoderoso, está unido con Dios, con la santidad todopoderosa y con el poder santo de Dios. El que hace daño a un niño peca contra este poder y esta santidad. ¡Desventurado el hombre que se atreve a hacerlo! Es verdad que “el ángel no dice nada. Al parecer, no sucede nada. No se quema por eso tu casa; tus negocios siguen marchando bien; no sufres un accidente con tu coche. Pero todo queda escondido en la omnipotencia vengadora de Dios, y un día te darás cuenta de quién es el enemigo que te has creado cuando excitaste la ira del ángel del niño” (R. Guardini, “El Angel”, en: *Die Schildgenossen*, 17, 1938, 300-303).

Nada sería más falso que considerar a los ángeles como una

especie de inspectores o vigilantes. Su misión consiste en conducir a la salvación a las personas que les han sido encomendadas, y las conducen por los caminos señalados por Dios, a través del dolor y de la muerte. Los ángeles nos libran también de males y dolores cuando éste es el camino salvador que Dios nos ha señalado.

También los *pueblos* tienen su ángel salvador y de la guarda. Cada uno de los pueblos de la tierra es una totalidad homogénea, especialmente estructurada y dotada de un carácter peculiar. El ángel de la guarda de un pueblo determinado representa ante Dios a ese pueblo, intercede por él, le ayuda a conocer y cumplir la misión que Dios le ha señalado, se esfuerza por conducirlo sano y salvo a través de los peligros históricos que le amenazan y hasta le ayuda cuando tiene que luchar en defensa de sus derechos y destinos. Estas afirmaciones pueden apoyarse sobre *Deut.* 32, 8; *Ec.* 10, 17, 14; y, sobre todo, en *Dan.* 10. En una visión, el arcángel San Gabriel le informa de que él mismo y el príncipe de los ángeles, San Miguel, tienen que luchar contra los ángeles de los persas y de los griegos. Como quiera que se trata de una visión, en vano nos esforzaríamos por averiguar cómo es posible esta oposición entre los ángeles, puesto que todos ellos no pretenden otra cosa que cumplir la voluntad de Dios. La lucha de los ángeles no es más que un solo símbolo de la lucha entre los pueblos, cada uno de los cuales tiene su ángel. (No obstante, para explicar la lucha de los ángeles podría decirse que los ángeles no conocen la voluntad de Dios en lo que concierne a los destinos históricos de los otros pueblos y que cada uno de ellos se esfuerza por conocer lo que Dios quiere con respecto al pueblo que le ha sido encomendado; este deseo de conocer la voluntad de Dios con respecto a los pueblos que les han sido encomendados es descrito bajo la forma de lucha entre los ángeles. Véase Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, I, q. 113 a. 8.)

c) Ahora vamos a transcribir algunos testimonios de la época de los *Padres de la Iglesia*. Orígenes (*De oratione*, 3.^a parte, sección 31, 5, BKV I, 142): "Es natural que cuando una multitud se congrega del modo debido, para alabar a Cristo, la rodeen los ángeles que temen a Dios, que éstos acompañen al hombre cuya protección y guía les ha sido encomendada. De este modo surge entre los fieles congregados una doble comunidad: la de los hombres y la de los ángeles." Véase también *De principiis*, 3, 6. En *Dan.* 10, 13 dice a Daniel el ángel de la Revelación: "Pero el príncipe del reino de Persia se me opuso veintiún días; mas Miguel, uno de los príncipes supremos, vino en mi ayuda." Teodoreto de Ciro comenta del siguiente modo estas palabras: "Estas palabras nos enseñan que cada uno de nosotros tiene un ángel que le cuida, guarda y protege y le libra de las

asechanzas del diablo. A los arcángeles les ha sido encomendada la protección de los pueblos." Véase Leo v. Rudloff, *Das Zeugnis der Väter*, 1937, 109. La doctrina relativa a los ángeles de los pueblos se encuentra también en Gregorio Nacianceno, *Oration* 28, 31; *Poëmata dogm.* 7, 23 y sigs. San Basilio, *In Isaiam* 10, 240. San Jerónimo, *In Daniele* 10, 13. Seudo-Dionisio, *Jerarquía celestial*, cap. 10, § 4 (BKV, 55 y sig.). El cardenal alemán Nicolás de Cusa (*De pace seu concordantia fidei*, N. 16) reviste su deseo de paz entre los pueblos bajo la forma de una conversación entre los representantes de los distintos pueblos. La conversación tiene lugar en el cielo. Los ángeles aparecen sucesivamente y cada uno de ellos tienen que exponer de qué modo "su" respectivo pueblo comprende e interpreta la Palabra encarnada de Dios. El alemán, por ejemplo, manifiesta su deseo de poseer los bienes eternos, pues todos los bienes temporales, el bienestar, la comida y bebida son cosas pasajeras. Perenne fuente de verdadera alegría es solamente el conocer y pensar la verdad y el verla con los ojos del espíritu. Véase J. Bernhart, *Der Engel des deutschen Volkes*, 1934, 13 y sig. En la Edad Media, el arcángel San Miguel era considerado como ángel de la guarda del pueblo alemán.

d) Al cuidado y protección de los ángeles, con respecto a sus protegidos, corresponde la *veneración e invocación* por parte de éstos. Véase el Séptimo Concilio de Nicea, D. 302, y el Concilio Tridentino, sesión 25, D. 984 y sigs. En la liturgia eclesiástica son invocados tanto los ángeles en general como determinados ángeles. En el himno de vísperas de la fiesta del Angel de la Guarda reza así la Iglesia: "Os ensalzamos con himnos a vosotros, guardianes del hombre, a quienes Dios ha puesto al lado del débil para acompañarle y para que, indefenso, no sea vencido por la astucia de los enemigos. Porque desde que el espíritu de la traición sucumbió vilmente, siendo arrojado de la gloria y despojado de su antigua majestad, anhela envidioso arrastrar al abismo a aquellos que han sido llamados por Dios para ir al cielo. Por eso, desciende tú hasta abajo, guardián vigilante, y evita al país que goza de tu protección las miserias del alma y todo lo que amenaza la seguridad, descanso y paz del peregrino. Alabada y bendecida sea la Santísima Trinidad por siempre jamás, que con fuerza poderosa dirige la fábrica del mundo, operando trinitariamente en gloria imperecedera, Divinidad única ahora y en toda la eternidad." En el himno de laudes: "¡Dios eterno, rector de los mundos! Con tu amor omnipotente has creado todo lo que existe, conservando el ser y las formas. Escucha las ardientes plegarias de la comunidad; seas Tú para ella guardia y protección, y cuando llegue la mañana, infunde nueva luz en los corazones. Envíanos tu ángel y dígnese él permanecer entre nosotros y protegernos, para que no seamos víctimas de la ignominia del pecado y para que podamos resistir la tenta-

ción. Destruya el engaño, la astucia y el odio del viejo enemigo para que la falsedad y la mentira no hagan que el corazón prevalezca. Expulse todo lo que nos es hostil, todo lo que nos atemoriza y pueda perjudicarnos, y proporcione descanso y paz al peregrino, protegiéndole contra la peste y toda clase de penuria. ¡Gloria al Padre! ¡Eternamente le ensalzan los que, por bondad, ha redimido mediante el Hijo, ha santificado en el Espíritu Santo y guarda con la mano de los ángeles!”

En el himno de laudes de la fiesta de San Miguel reza así la Iglesia: “Miguel, ángel de la paz, descienda a nuestras moradas, tráiganos paz y bendición, y arroje a los abismos las dolorosas y terribles guerras. Y Gabriel, el héroe, destruya al antiguo enemigo, que incesantemente nos acosa. Proteja los templos, sitios santos del Señor, victoriosamente fundados en todo el orbe terráqueo. Descienda Rafael, médico de nuestra salud; cure las enfermedades y toda clase de dolencias, acuda a la ayuda de la obra y actividad humanas, y convierta para bien nuestros oscuros destinos.”

En la oración nocturna de la liturgia (completas) ruega la Iglesia que Dios se digne enviar a sus ángeles a nuestras casas para que nos protejan y defiendan. En la oración para los moribundos reza así la Iglesia: “Admite, ¡oh Dios!, a tu siervo en tu reino. Recíbale San Miguel... Salgan a su encuentro los santos ángeles y condúzcanle a la patria celestial... Salga al encuentro del alma que ahora abandona el cuerpo el ejército luminoso de los ángeles.” En el ofertorio de la misa de difuntos reza así la Iglesia: “Señor, Cristo Jesús, Rey de la gloria, libra las almas de todos los fieles difuntos de los castigos del abismo y del agua profunda. Líbralas de las fauces del león, para que no las devore el infierno, para que no caigan en las tinieblas, sino que tu abanderado Miguel las conduzca al reino de la luz santa.” Véase, además, la oración para bendecir el agua y la oración después de la misa. Véase J. Bernhart, *Der Engel des Deutschen Volkes*, 1934.